

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

El sordomudo

“Le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien” (Marcos 7:32-35).

¡Qué tristeza para los padres cuando uno de sus hijos es sordo! A causa de la sordera, al niño le será difícil aprender a hablar y expresar su afecto, su agradecimiento, sus pequeños temores. No podrán charlar con este hijo, ni compartir todo lo que su corazón de padres quiere traducir en palabras amorosas; y ante todo, en sus primeros años tampoco podrán participarle de la enseñanza divina.

Con frecuencia nosotros actuamos como sordomudos frente al Señor Jesús. ¡Cuánto hubiera deseado él hablarnos y enseñarnos! Pero no hemos tenido tiempo para consagrarnos a su Palabra, la hemos leído con un espíritu distraído o escuchado sin prestarle la atención necesaria. ¡Cómo hubiera deseado él escuchar nuestra voz mediante la oración! Y no hemos tomado el tiempo para orar, o sólo hemos pronunciado frases de labios, o bien hemos dicho “amén” a una oración en la asamblea sin siquiera haber seguido bien el contenido. ¡Él esperaba nuestra alabanza, el “fruto de labios que confiesen su nombre”! (Hebreos

13:15). Mas, en lo particular, no hemos tenido ninguna expresión de agradecimiento hacia él, y en la reunión de adoración, aunque estábamos presentes, permanecíamos tan distraídos que nuestro corazón se hallaba lejos de las palabras pronunciadas.

¿Es éste un cuadro demasiado negro o demasiado verdadero? ¿Qué hacer?

“*Le trajeron...*”. ¿Cómo se abrirán nuestros oídos sino al ponernos verdaderamente a los pies de Jesús, imitando con esmero y de todo corazón el ejemplo que él nos dio, tal como el profeta dice: “Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios”? (Isaías 50:4). Momento precioso en el que “mañana tras mañana” el alma puede hallarse en tranquilidad y silencio algunos minutos –¡quince, treinta o más!– para escuchar lo que a través de la Palabra su Señor quiere decirle.

Luego de escuchar, hace falta seguir, es decir, obedecer: “Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás” (v. 5). El Señor mismo obedeció hasta el final, a pesar de los sufrimientos y la cruz. Si la Palabra oída en esos momentos de recogimiento nos muestra cosas que tal vez sean duras de confesar, extráños difíciles de corregir, un testimonio que tememos rendir... ¿retrocederemos, después de haber escuchado, y nos negaremos a seguir? Jesús pudo decir: “No fui rebelde...”

A aquel sordo y tartamudo le “fueron abiertos sus oídos”, pero también “se desató la ligadura de su lengua”. Por muchas razones el Señor permite dificultades para los suyos; uno de esos motivos es que él desea escuchar nuestra voz. Descuidamos la oración... y he aquí llega la prueba, los problemas y tal vez la caída, situaciones que nos fuerzan a orar, a abrir nuestra boca, a hacerle escuchar nuestra voz.

Todo aquel cuyo oído haya estado abierto cada mañana en silencio a los pies del Señor tendrá también la boca abierta para elevar su voz hacia él en oración o alabanza, y para dirigirse a los hombres en las diferentes necesidades. “El Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado” (Isaías 50:4), decía el Señor a través del profeta. Una palabra dicha en el momento oportuno, una voz de aliento, una observación tal vez incidental pero guiada por el Espíritu de Dios, cuánto pueden animar a los que lo necesitan, orientar a un joven inseguro, levantar las manos cansadas.

En el Cantar de los Cantares, en dos ocasiones se halla una oración: “Hazme oír tu voz” (2:14): voz de la oración, voz de la alabanza, voz de agradecimiento. Más adelante se agrega: “Tú que habitas en los huertos, los *compañeros* escuchan tu voz; házmela oír” (8:13). Hermanos jóvenes o más ancianos: ¿por qué ustedes permanecen con tanta frecuencia mudos en las reuniones? La asamblea, de rodillas para la oración, espera que las bocas se abran para orar. ¡Pero se suceden largos silencios, y las mismas voces deben hacerse escuchar de nuevo, porque hay demasiados mudos! Según 1 Corintios 14:19, tan sólo “cinco palabras” podrían ser una real bendición. No olvidemos: ¡“Los *compañeros* escuchan tu voz”!

Pero este caso no sucede únicamente en la iglesia; también podemos permanecer callados en la familia, cuando nos reunimos entre amigos, o en el testimonio hacia el mundo. Queridos hermanos, allí somos todos llamados a dejar oír nuestra voz.

Cuando el sordomudo tuvo la ligadura de su lengua desatada, “hablaba bien”. Primero sus oídos fueron abiertos: primeramente debemos escuchar y recibir; luego empezó

a hablar. ¿Dónde se produjo ese milagro? A solas con el Señor, aparte de la gente.

Que nuestro deseo siempre sea redimir el tiempo estando con el Señor y dejando que él diga a cada uno de nosotros: “Efata, es decir: Sé abierto”.

G. A.

1. *La Palabra del Señor predicad, predicad;
Con anhelo y oración, predicad.
Ante el mundo burlador
Sed testigos de su amor;
El poder del Salvador, predicad.*
2. *El ejemplo del Señor imitad, imitad;
Su humildad y tierno amor, imitad.
Su constancia en la oración,
Su paciencia en la aflicción,
Su bondad y compasión, imitad.*
3. *La venida del Señor esperad, esperad;
El Maestro no tardará, esperad.
Como siervos del gran Rey
Trabajad con celo y fe,
Sirviendo a su amada grey, esperad.*

Himnos y Cánticos, Nº 174

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).